

Marianne Bélard
Philippe Verrier

Religión y cultura
Los exvotos del Occidente
de México

El Colegio de Michoacán
Centre Français d'Études Mexicaines et Centraméricaines
México 1995

Ventanas abiertas al espíritu*

Los ingredientes más profundos de la vida son el dolor y el amor. Con ellos se han ornamentado, en el largo historial de los pueblos, los recintos fundadores de las culturas; se han hilado las gestas literarias y se han tendido puentes entre las generaciones formando tradiciones.

Pero el dolor y el amor no solamente están presentes en las acabadas síntesis que la literatura y el arte han hecho clásicas, ni solamente en las narraciones y símbolos fundadores: constituyen el horizonte más cercano de la cotidianidad y le dan a ésta su dimensión de madurez, y a la mujer y al hombre concretos, la conciencia de su ser y dignidad de personas, de que su paso por la tierra y bajo el sol tiene un sentido.

De los colores con que se pinta la vida cotidiana, están cubiertas las láminas y las piezas de made-

ra de los retablos de acción de gracias, de los exvotos del Occidente de México al que tanta sorpresa, interés y cariño le dedicaron Marianne Bélard y Philippe Verrier.

Recuerdo bien el comienzo de este proyecto, hace ya algunos años; las conversaciones con los investigadores y los altibajos de sus pesquisas. El viaje que realicé con Thomas Calvo a San Juan Nuevo, Michoacán, a un lado de las ruinas del viejo Parangaricutiro sepultadas bajo la lava del Parícutín; asistíamos a la reunión nacional de capellanes y rectores de santuarios para exponerlo y presentar una encuesta que aportó datos que pueden ser útiles a futuros trabajos similares e interdisciplinarios. Esa encuesta también sirvió de base para la ruta que siguió la exposición que durante 1996 se presentó en el Centro Cultural de Arte Contemporáneo, la exposición *Dones y promesas*.

Ese hilo de situaciones nos lleva a reconocer, sin detrimento alguno de quienes han hecho posible el libro, que *Religión y cultura. Los exvotos del Occidente de México* es una llamada de atención en un itinerario aún largo de interacción entre investigadores y actores pasados y presentes para plasmar el cómo y el porqué de esas ventanas coloridas que llevan a asomarnos a la huella del espíritu humano sobre la aspereza del paisaje del campo del Occidente mexicano.

Desde luego, por todas partes, tanto en las imágenes como en los textos, entramos en contacto con la personalidad definida y recia, un tanto hosca, del Poniente de México. Conforme vamos pasando las páginas, se hacen vivas las escenas de *El llano en llamas* o *Pedro Páramo* de Rulfo; aquéllas de *Al filo del agua* y *Las tierras flacas* de Yáñez; o las muy reales de las obras de Jean Meyer *La cristiada*, *El coraje cristero* o las *Memorias de Ezequiel Mendoza Barragán*.

Pues si el Occidente de México es una tierra dura y sufrida, donde el polvo pegado al sudor en la frente campesina endurece el rostro y da sentido a la rebeldía frente al gobierno, a la vez, esa tierra favorece la mirada interior, la que concentra un diálogo que puede dirigirse al cielo.

De ahí que, como lo expresan Marianne y Philippe, todos los peligros de la vida y la sombra omnipresente de la muerte formen el escenario de los exvotos: la leva, los fusilamientos, los accidentes de tránsito, la enfermedad y la distancia que se hace ausencia que oprime. La dureza misma de la existencia orienta la posibilidad de la ternura, tanto la del fiel que se dirige a la Virgen de San Juan de los Lagos, por ejemplo,

* Texto leído en la presentación de esta obra.

con títulos de familiaridad y cariño, como la de ella, que con cercanía nutricia y materna, responde a la plegaria de sus hijos.

La frecuencia emotiva e intelectual, por consiguiente, con la que se ha de llegar a los exvotos, es aquella en la cual —para decirlo con las palabras del himno de la *Salve*— percibimos ser “los desterrados hijos de Eva... en este valle de lágrimas” para acudir, más allá del destierro, con ánimo de peregrino a quien es “vida, dulzura y esperanza nuestra”. Por ello, incluso, vale la pena el sufrimiento, el sacrificio que más que catarsis psicológica, es crecimiento y altura por encima de la materia. Escribió Marianne Bélard a propósito de su experiencia en San Juan de los Lagos:

Las molestias que ha de aguantar el peregrino, lo eximen de la sospecha de mantener un simple intercambio material con la Virgen, pues se fija a sí mismo pruebas y se impone numerosos sufrimientos, todo en honor de la Madre de Dios. Esas penitencias elevan al peregrino a una fe permeada de espiritualidad. No se contenta con entregar el exvoto, se compromete personalmente, dedicando por unos días cuerpo y alma a la Virgen.

Durante esos cuantos días se festeja a la Virgen. Los peregrinos se dirigen a ella en términos de

gran intimidad: es la Madrecita, la Virgencita, diminutivos con una connotación sumamente afectuosa. Los peregrinos se dirigen a ella como si fuera una amiga de la familia, un ser querido con el cual se comparte la intimidad (p.78).

El Occidente de la rebelión y la aspereza es igualmente el Occidente de la ternura y la fe.

* * *

La publicación que hoy se presenta, a la comunidad académica y a todos los interesados, es un paso adelante en un camino sobre el que todavía hay que andar mucho. Al ser un trabajo pionero, introductorio, deja abiertas muchas posibilidades. Puede decirse que las imágenes que presentan las páginas piden un texto más denso, más embebido de una interdisciplinariedad que no es fácil de realizar. Existe, en los resultados del texto de Bélard y Verrier, un buen tanto de explicable ingenuidad y de consideraciones obvias que piden mayor profundidad. Estamos frente a un reto: a pesar de que en la vida actual es cada vez mayor la interacción entre la palabra hablada, el texto y la imagen, a nivel de las ciencias humanas se está casi siempre bajo la esclavitud racionalista y positivista del documento escrito. Concretamente, también los teólogos católicos no han acabado de

tomar en serio como fuente (lugar teológico) un imaginario cultural que, desde el punto de vista de la afirmación de la Encarnación como máximo hecho interpretativo, es tan verdadero y digno de ser tomado en cuenta como los trabajos escritos de los letrados. El Concilio Vaticano II afirma: “La revelación divina está constituida de hechos y palabras intrínsecamente ligados”. (*Dei Verbum* 2).

Ojalá a partir de este momento puedan muchos, alentados por el impulso dado por esta ventana abierta a la trama entre religión y cultura que habita en los exvotos del Occidente mexicano, continuar en esta labor que no sólo nos conduce a tocar el impacto de la emoción en la historia viva de un pueblo, sino a meditar y agradecer la condición humana peregrina, capaz de trastocar el yermo en campo florido y el llanto en gozo.*

Roma, 14 de octubre de 1996.

Manuel Olimón Nolasco

Universidad Pontificia
de México